



HAL
open science

La primera visión europea estética de los indoamericanos en la invasión de América

Josué Sánchez

► **To cite this version:**

Josué Sánchez. La primera visión europea estética de los indoamericanos en la invasión de América. Anuario Americanista Europeo, 2011, 9, pp.81-99 (Sección Varia). halshs-00826806

HAL Id: halshs-00826806

<https://shs.hal.science/halshs-00826806>

Submitted on 28 May 2013

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

La primera visión europea estética de los indoamericanos en la invasión de América

Josué Sánchez, Ph.D.*

Resumen: *Más allá de la historia negativa registrada de la América indígena, este ensayo abre una ventana histórica a la primera impresión europea de los indoamericanos. Contrario a lo que se escribiría después, esta primera visión registra una placentera mirada estética ontológica de los americanos, a pesar del modelo grecolatino con el que los evaluaban. Los primeros europeos vieron americanos bellos, fuertes y altos. De hecho, parecen sentirse un tanto acomplejados ante ellos. Se contempla una visión estética general: la apreciación de la mujer, la del hombre, y una conclusión general de una antropografía estética positiva de los americanos.*

Abstract: The first European aesthetic vision of Native Americans in the invasion of America

Beyond the negative history registered of Indoamericans, this essay opens a historical window to the first European impression of the Indoamericans. Contrary to what would be written of them later, a pleasant ontological vision of Americans is registered in this first impression, in spite of the western Greek/Latin aesthetic model used to evaluate them. The first Europeans saw beautiful Americans, strong and tall. In fact, they felt somewhat inferior next to them. The essay provides an aesthetic overview of the Indoamericans: of women, of men, and a general assessment of a positive anthropological aesthetics of the Americans.

Palabras clave: estética, belleza, bien parecidos, fuertes, grandes

Keywords: aesthetics, beauty, good looking, strong, big

INTRODUCCIÓN

Este artículo de revisión busca reevaluar la primera visión oficial europea de los indoamericanos según las Crónicas de América buscando presentar la primera visión europea “establecida” de los primeros americanos. Los prejuicios de Oviedo, por ejemplo, así como de la mayoría de los cronistas registraron una estética ontológica negativa de éstos. Por lo tanto, los siguientes quinientos años de ensayos y libros han generado una imagen destructiva y poco deseada de los americanos en general.¹

* Assistant Professor, Department of Humanities at Paine College, GA USA Jsanchez@paine.edu

¹ Los siguientes libros son buenos ejemplos de la visión negativa de los americanos en la creciente historiografía americana: *The Noble Savage: A Study in Romantic Naturalism* (1928) de Hoxie Neale Fairchild, *The Happy Beast in French Thought of the Seventeenth Century* (1933) de George Boas, *The Savages of America: A Study of the Indian and the Idea of Civilization* (1953) de Roy Harvey Pearce, *El indio y los escritores de América* (1969) de Fausto Reinaga, *Animals with Human Faces* (1974) de B. Rowland, *The European Vision of America* (1975) que edita Hugh Honour, *La imagen del indio en la Europa Moderna* (1990) de Estudios Ameri-

De libros como *El Cacique Namuncurá* (1956) de Adalberto A. Clifton Goldney narrado con absoluto prejuicio y paternalismo en la Argentina, a *The White Man's Indian: Images of the American Indian from Columbus to the Present* (1979), donde Robert Berkhofer registra esa gradual y casi sistemática manipulación de la imagen de los primeros americanos en los Estados Unidos, siempre se ha buscado inferiorizarlo al compararlo con el europeo. En esos casos, la imagen del americano se presenta cuestionable en el mejor de los casos. En forma opuesta, este artículo busca un preámbulo a esta avalancha negativa en la historiografía americana para señalar un período de tiempo en el que encontramos una visión estética europea completamente diferente que se desarrolló en el primer choque de culturas a lo largo de las crónicas americanas en todo el continente: las primeras impresiones.

Hablar de una visión estética ontológica de un pueblo resulta difícil, especialmente al considerar los diferentes gustos en las diferentes regiones y culturas a través del tiempo. Aunque abunda una visión estética sobre el arte, la poesía, la arquitectura, etc., no se registran tratados ontológicos sobre la belleza humana. Sin embargo, son precisamente estos prejuicios regionales los que con frecuencia afectaron y determinaron la historia. La invasión de América produjo tal situación en dos pueblos que se diferenciaban por su visión estética personal de sí mismos: los invasores y los invadidos americanos. Interesa aquí, de este modo, buscar una respuesta a la siguiente pregunta base del estudio: ¿Qué pensaban los europeos estéticamente de los americanos en el primer encuentro?

En vista de que la historiografía americana se fue formando gradualmente con prejuicios que imponían los invasores, es precisamente ese aspecto un tanto subjetivo y caprichoso el que se registró en América en el primer encuentro con los americanos. La consistencia histórica sobre esta visión de lo bello que se registró en diferentes culturas y tiempos en las crónicas de América apunta a una interesante visión estética europea de los primeros americanos, no comentada en detalle hasta ahora. Por lo tanto, en un tipo de antropología estética, aquí se busca explorar esa visión europea de los americanos en el primer choque de culturas a lo largo del continente en el primer impacto.

Aunque no hay un tratado o libro sobre la estética americana, abunda información en las crónicas de América para formular una apreciación estética ontológica general de los americanos del Nuevo Mundo al producirse el choque de las dos culturas: la europea y la americana. Sin embargo, en vista de que, como afirmara John Dykstra y John Westerhoff, “el significado de la belleza ciertamente se determinará por la cultura de uno mismo y por diferenciar individuos en una cultura” (Dykstra y Westerhoff 1998, 21), cualquier definición estética humana que se haga sería necesariamente regional, nunca universal. El barómetro estético cambiaría de época a época y de cultura a cultura como se ha visto claramente en Europa y los Estados Unidos en nuestro tiempo². Aunque la estética, como rama de la filosofía que busca definir la percepción sensorial de la belleza y la fealdad, ha avanzado grandemente

canos de Sevilla, por mencionar sólo unos cuantos, notamos la explicación o justificación de la imagen negativa de los americanos que se ha perpetuado en todo nivel.

² Marianne Thesander, *The Feminine Idea*. London: Reaktion, 1997. Véase la segunda parte: “Physical Alterations 1800-1990s”. Todas las traducciones al español de textos en inglés y las cursivas son mías.

desde Alexander Gottlieb a mediados del siglo dieciocho a nuestro tiempo, no se ha llegado a una definición estética ontológica humana definitiva que señale quienes son bellos o feos.

En el caso de América sin embargo, las películas, la literatura, la moda, la fotografía, y las crónicas americanas, apuntan claramente a una percepción occidental sobre lo que fue “una persona bella” en el choque de la invasión de América. Justino Fernández al hablar sobre la imposición estética del arte en América decía que “la belleza ya sabemos cuál era para Revilla, como para todo académico: la natural, proporcionada a lo helénico” (Fernández 1972, 34-35). Tanto en nuestro tiempo como entonces la evaluación occidental no ha cambiado mucho. Guy Sircello apunta que la percepción estética se ramifica a varios aspectos humanos por medio de las “propiedades de la belleza” (Sircello 1975). Son estas propiedades de la belleza desde la perspectiva europea con respecto a los americanos las que aquí se evalúan en el contexto del choque cultural en las crónicas de América.

PREJUICIOS EUROPEOS SOBRE LA ANTROPOMETRÍA AMERICANA

La evaluación europea de los americanos como seres humanos, placenteros o no a la vista, viene acompañada de prejuicios dominantes de la época y región de una Europa ego-centrista que se creía el centro del mundo. Conviene mencionar algunos para notar la relevancia de su evaluación. El complejo de superioridad fue un serio problema en las relaciones humanas en la evaluación estética de los americanos entre los protestantes o católicos creyéndose elegidos de Dios en las Américas, no sólo espiritualmente sino física también. Una gran cantidad de esa soberbia racial podemos encontrarla en las crónicas americanas. Bernal Díaz del Castillo, por ejemplo, al comentar sobre una de las hijas de uno de los jefes dice que “ésta era muy hermosa para ser india” (Díaz del Castillo 1980, 89). Para el europeo el americano ya era inferior a primera vista y sin discusión o evaluación americana. Por otro lado, la imposición religiosa forzada infería otra supuesta superioridad religiosa. Es decir, el americano ya era inferior racial y religiosamente desde el primer punto de contacto, casi por designación divina en la visión de los invasores que sólo podían contemplar al otro desde su yo cultural.

Otro factor que determinó la estética europea fue la perspectiva materialista asociada a lo estético visual que reflejara un valor económico. Aquellos que eran ricos materialmente salían con una evaluación mucho más positiva que los que no tenían bienes materiales. Por lo regular los europeos que registraron su primer viaje sólo notaron lo inmediato, pero aquellos que volvieron por segunda vez profundizaron sus observaciones y en ocasiones cambiaron su perspectiva. Entre ellos está Colón, Cabeza de Vaca, y Cartier en Norteamérica, entre otros. “¡El clima obliga!”, como dice Michel Mollat, y Cartier ve que “las mujeres van más cubiertas y oprimidas por dichas pieles, ceñidas en el cuerpo”, Después concluye que “a pesar de una ‘buena estatura’ una buena parte de ellos van casi completamente desnudos” y por lo tanto agrega que “este pueblo pude llamarse salvaje, porque es el más pobre que pueda haber en el mundo, ya que todos juntos no valen cinco céntimos, con sus barcas y sus redes de pesca” (Mollat 1990, 157). No había nada material que robar-

les. Era una evaluación económica que proyectaba una visión estética negativa de los americanos vía sus posesiones.

Otro factor valorativo fue el color de la piel. Sin embargo, escasos de conocimiento de los americanos como es de esperarse en el primer encuentro, los primeros cronistas se esforzaron por dar una imagen positiva a su “descubrimiento”. En la mayoría de los casos, es obvio el esfuerzo por glorificarse describiendo un mundo hermoso y casi paradisiaco. Un buen ejemplo de esa evaluación estética ontológica fue la de querer borrar los aspectos africanos en los americanos. El primer juicio que hizo Cristóbal Colón sobre la belleza americana, por ejemplo, mostró un claro prejuicio racial occidental de la belleza greco latina implantada en todo el occidente. Dice que son:

Gente muy fermosa: *los cabellos no crespos*, salvo corredios y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha más que otra generación que fasta aquí haya visto, y, salvo de [del] la color de los canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues *los ojos muy fermosos y no pequeños*, y *ellos ninguno prieto* está Lesteoueste con la isla del Hierro, en Canaria so una línea. Las piernas muy bien derechas, todo a una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha (Colón 1946, 31).

Para Colón eran bellos, en parte porque no tenían “cabellos crespos” y ninguno es “prieto”. Es decir, porque no eran negros (prietos) con “cabellos crespos”, se nota un ajuste a su visión occidental de la belleza. Cuánta de esta subjetividad es correcta, es cuestionable, pero Cobes afirmó en otro caso continuando con la misma ideología estética que los que él vio eran “blancos como la nieve”³ y d'Avity registró que eran “hermosas mujeres como se pueden ver en Francia” (Jaenen 1976, 25). Entre estos autores el color blanco parece ser el eje de su evaluación en su claro prejuicio contra el negro. El color negro pasó a ser un aspecto de la estética de la “fealdad” para ellos. Se infiere un opuesto al resaltar la belleza, al comparar dos personas o cosas, o sencillamente se declara un aspecto selecto como “feo” para indicar que el otro no lo es. El color claro era parte íntegra de la estética europea de la belleza clasificando a toda persona de color como un inferior, no sólo estéticamente, sino intelectualmente. Después de todo, la tradición judeo-cristiana, de donde se desprende la cultura occidental, asocia el mal con lo negro y lo bueno con lo blanco (Van den Berghe 1967, 15). Lo mismo vemos en Norteamérica en las *Notes on the State of Virginia* del célebre presidente Jefferson quien a pesar de tener una amante negra y familia con ella, puede declarar con la frente en alto que los negros “ya sea como raza originalmente diferente” o “creados en distinto tiempo y circunstancias” “son inferiores a los blancos en los dones de ambos mente y cuerpo” (Erkkila 1993, 238). La negritud era un factor importante en la estética europea con la que el occidente evaluaba lo bello en América. Son estos tres prejuicios; el egocentrismo europeo, el materialismo, y el color, los que operaron en la evaluación europea general del primer choque de culturas en el primer encuentro americano.

³ Cornelius J. Jaenen, *Friend and Foe: Aspects of French-Amerindian Cultural Contact in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*. New York: Columbia UP. 1976, 25. Citado de Candide le Nant, *Pages glorieuses de L'Épopée canadienne* (Paris: 1927).

COMPLEJO DE SUPERIORIDAD AMERICANO

Por otro lado, la perspectiva americana sobre sí mismos también traía sus prejuicios con respecto a la inferioridad de los extraños caras pálidas que llegaban a sus tierras. Las civilizaciones americanas, que tanto contribuyeron al mundo, también sintieron esa sensación de ser superiores, no sólo a los de su alrededor, sino que también se sentían superiores a los blancos que los invadían. Ya en 1584, por ejemplo, André Thevet escribió su libro sobre el Nuevo Mundo y “obviamente respetó y admiró algunos líderes del Nuevo Mundo y consideró algunas facetas de su sociedad como iguales o aun superior a sus equivalentes europeas” (Thevet 1993, 3). De allí que muchos americanos ofendieran y humillaran a los recién llegados caras pálidas en varias ocasiones en el choque de la invasión de América. Por lo tanto, fueron los europeos que, aunque llegaron con un complejo de superioridad, muchos de ellos sintieron cierta sensación de superioridad física americana en varios casos. El registro europeo en la Crónicas Americanas guarda las impresiones de los invasores de cierto complejo de inferioridad estética que experimentaron ante los americanos al encontrarse con ellos por primera vez evaluándose comparativamente. Ya sea que se sintieron impresionados por la primera visión de los americanos, porque querían realzar su “descubrimiento” o porque realmente los vieron superiores estéticamente, se siente esa superioridad estética de los americanos en sus escritos.

La evaluación europea de América y sus ciudadanos en el choque de culturas fue muy importante porque era una primera impresión, aunque después cambiaría al ser subyugadas y destruidas las Américas. Sin embargo, en ese momento del choque, desde los más primitivos americanos a los más sofisticados, muchos en su momento se sintieron superiores a los europeos a pesar de admirarlos y odiarlos por el trato que les dieron, mostrando los mismos prejuicios en contra sus enemigos. En muchos casos, ante la impotencia de las armas de los invasores, los americanos apelan a una estética moral, en sus acciones que los hacía inaceptables. En este caso, después de que los atacan los españoles, Tundama busca destruir la imagen estética de dioses humanizándolos: “Tú sabes que mi pueblo fue dotado con no menos privilegios naturales que el tuyo. *Nosotros sabemos que no son inmortales o descienden del sol...*”. Después, pasa a la estética moral diciendo:

... bañas el hocico de tus caballos en nuestra sangre, la cual beben por hambre y sed y tú derramas para dar a conocer tu crueldad. Tú deshonoras los santuarios de nuestros dioses y saqueas las casas de los hombres que te ofenden. ¿Quién aguantaría estos insultos, sin ser sensitivos? (Brotherston 1979, 48)

En otro caso, vemos la misma defensa y ataque del extranjero en el desafío de Gettvy-ci de los Tupis a los misioneros franceses en Brasil en 1612. Con una retórica desafiante y buscando castigarlos dice *El desafío de Gettvy-ci*:

Yo atormentaré a los extranjeros caribeños con enfermedades.
Yo causaré que gusanos infesten sus pies y sus piernas para que tengan que irse a su casa.
...

Yo estuve cerca de ellos una vez; he comido con ellos con frecuencia.
Yo he observado sus maneras cuando sirven al dios Tupã.
Yo vi que no tienen nada en comparación con nosotros pagy.
No debemos temerles.
Yo iré al frente cuando atacemos.
Yo el bravo (Brotherston 1979, 49-50).

Estos americanos no admiran al enemigo después de conocerlos, los consideran inferiores y buscan destruirlos. A su manera, estos americanos apuntan a la ignorancia de los caras pálidas en comparación a ellos en su territorio. Les reclaman que no sirven a su dios como deben, y que no deben temerles por ser inferiores a ellos. Además, “para los tupinambás, los portugueses pertenecían a un rango inferior, eso queda bien claro en la observación de Staden”. Tenían que hacer tanto para que los portugueses pudieran sobrevivir y notando su inhabilidad decían que, “el blanco era frágil, miedoso, cobarde” (Rodríguez da Costa 2004, 129). No podían competir en el trasfondo americano. Por lo tanto los tildaron de inferiores y no aceptaron su religión. Otra vez, su evaluación es regional y general, pero no de admiración.

A un lado, en Chile, los araucanos sobresalieron entre aquellos que también veían a los blancos como inferiores en todo aspecto. Al notar esta seguridad absoluta que sentían los araucanos sobre los europeos, González de Nájera al registrar la historia afirmaría que “por su mucha agudeza e ingenio rehusó darles a estos indios el título de bárbaros...” cuando estos se medían al igual con sus enemigos. Nájera, por lo tanto, amonestaba a sus colegas que “no hay que maravillarse de sus blasones y arrogancias” con que suelen decir que: “Ya los españoles saben tanto como nosotros... porque no hay duda de que nos pudiéramos despedir de la pretensión de la conquista de aquel reino, si en las armas nos fueran iguales aquellos indios” (Valenzuela 2005, 3). Aunque hoy día se les asocia con los mapuches, Solís de Ovando dice que “podemos estar seguros de que eran de raza totalmente diferente a las existentes en Chile antes de su llegada”, que eran “esencialmente guerreros, de raigambres aristócratas y muy preocupados de su linaje y genealogía, condiciones que los llevaban a considerar a los pueblos vecinos como inferiores, sintiendo por ellos el desprecio que sienten las castas conscientes de su origen y superioridad” (2005, 18). Ya mucho tiempo después, los mapuches mismos iban a sentir ese mismo desdén por los blancos y superioridad aun cuando ya les habían robado casi todas sus tierras. Dice José Bengoa que después de liberación de la dominación española hay “evidentes sentimientos de revancha, sorna, superioridad también” sobre los blancos entre los indoamericanos de Chile (Bengoa 2003, 355).

En Norteamérica también se registró fuertemente este concepto en el choque con los franceses apuntando claramente a la superioridad que sentían los americanos sobre los europeos. Pierre d'Avity registró en 1637 que “aunque les falta policía, poder, letras, artes, riqueza y otras cosas ellos desdeñan otras naciones y se consideran altamente”. Hablaban de los anglosajones y franceses que penetraban su territorio. Más aun, el Padre Sagard cerca de la misma área también escribió que “los hurones opinaban que los franceses ‘poseían poca inteligencia en comparación con ellos mismos’” (Mancall, y Merrell 2000, 76). No era cuestión de físico solamente, sino de intelecto. Era tal la inferioridad de los caras pálidas que aun los niños ameri-

canos “se burlaban y hacían ridículo” de los europeos porque “no ven en un francés ninguna de las perfecciones de los salvajes y no pueden reconocer las virtudes de generosos cristianos...” porque a “los franceses generalmente se les considera físicamente inferiores” (2000, 76). Además de “reprochar al francés por sus debilidades físicas, los amerindios los encontraban feos, especialmente por su excesivo cabello, y sus frecuentes deformidades y enfermedades” (2000, 77). La sensación de superioridad sobre los blancos era clara y común. Como dijera el jefe Micmac en esta misma área en 1676, “No hay un indio que no se considere infinitamente más feliz y más poderoso que los franceses” (Nerburn 1999, 59). Tal vez por esa sensación de superioridad sobre los caras pálidas que apenas sí sobrevivían, Ohiyesa decía que cada indoamericano “en su propia mente se levantaba superior a ellos”, los anglosajones (Ohiyesa 1999, 19). Algunos americanos genuinamente se sentían superiores a estos débiles extranjeros que llegaban.

Estos prejuicios americanos al contemplar a los invasores en su territorio de algún modo modularon su relación con los europeos burlándose de ellos sin que se dieran cuenta. De este modo, europeos y americanos se vieron a sí mismos como superiores a sus enemigos. Considerados ambos lados con sus prejuicios, consideremos ahora una visión europea general que se formó en el momento de choque cultural del primer impacto en este período de evaluación estética entre ambos grupos.

VISIÓN GENERAL DE LOS AMERICANOS

Sin embargo, a pesar de los prejuicios europeos y americanos en el choque de culturas, sorprende la elaboración de una perspectiva estética positiva de los europeos al contemplar y evaluar a los americanos por primera vez, especialmente cuando se toma en cuenta el descarnado ataque que muchos cronistas hicieron más tarde de ellos. Al contemplar la hermosura del tiempo, plantas, frutas, etc., Cristóbal Colón imaginó el paraíso y dio una evaluación paradisiaca de los indoamericanos deleitándose en lo bello de todo. Decía que los indoamericanos eran “... muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras:.. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos” (Colón, 1946, 30-31). El próximo día insistió en “*buena estatura, gente muy fermosa...*” con “*las piernas muy derechas, todos a una mano...*” (1946, 31). En otra ocasión comentó sobre otro grupo de indoamericanos y afirmó que “son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hobieron hallado: harto blancos, que si vestidos anduviesen y guardasen del sol y del aire, serían cuasi tan blancos como en España” (1946, 91). Indudablemente buscaba impresionar y complacer al público europeo así como a los monarcas de su descubrimiento. Más adelante llegaría Hernán Cortés a México, y en su primera carta al emperador también informó que los habitantes de Cozumel, Yucatán, tenían “*cuerpos y gestos bien proporcionada (os)*” (Cortés 1979, 21). Aunque obviamente ésta era una escritura intencionada destinada a beneficiarlo, bien puede notarse su barómetro estético europeo que operaba en esta definición positiva a los indoamericanos. En este caso Colón los está contemplando hacia arriba, con admiración sintiéndose inferior, o por lo menos pretendiendo serlo para engrandecer “su descubrimiento”.

En el Brasil, después de que Vaz de Caminha afirmara que “nuestro Señor les dio buen cuerpo y buen rostro”, agregó que los indoamericanos sólo comen tubérculos, semillas y frutas naturales que se “dan por sí mismos. Y con todo esto son todos estos más fuertes y más robustos que nosotros que comemos tanto trigo y legumbres” (Caminha 1984, 48). Caminha no solamente reconocía que Dios operaba en ellos dándoles buena forma, sino que los americanos le eran estéticamente placenteros. En otra región cercana en el Paraguay, el alemán Schmidel también notó que “los hombres y las mujeres son muy altos y grandes”. Más adelante en el Río de la Plata vio que “los hombres y las mujeres son gente garbosa y alta. Las mujeres son lindas y pintadas...” (Schmidel 1984, 182-83). Debe notarse que en estos casos, no es sólo la contemplación a la mujer lo que hace a estos cronistas dar a los americanos esas evaluaciones positivas, sino características generales de un pueblo en general. A un lado en Chile, Jerónimo de Vivar también registró que “la gente en este valle es dispuesta y [de] buen cuerpo y buen parecer” (Vivar 2001, 91). La visión estética positiva parecía ser unánime en todo el continente.

La *Relación* del “Conquistador Anónimo” hizo un buen resumen de la visión estética indoamericana aplicada a su cultura. Sobre los hombres registró que “la gente de esta tierra es *bien dispuesta; antes alta que baja*. Todos son de color trigueño, como pardos, de buenas facciones y gesto; *son por la mayor parte muy diestros, robustos e infatigables...*” *Las mujeres “se parecen muy bien” con sus “muy hermosos cabellos” “largos y sueltos que les cubren las espaldas”*. Los guerreros se cubren la cabeza con una de animal hecha de madera “cubierta por encima de plumas, y de adornos de oro y piedras preciosas, que es cosa maravillosa”. Sigue diciendo que “es una de las cosas más bellas del mundo verlos en la guerra por sus escuadrones, porque van con maravilloso orden y muy galanes, y parecen tan bien, que no hay más que ver”. Sobre sus ciudades se registró que:

...muchas de aquellas ciudades están mejor ordenadas que las de acá (España), con muy hermosas calles y plazas, donde hacen sus mercados... Había y hay todavía en esta ciudad muy hermosas y muy buenas casas de señores... Solían tener los naturales de esta tierra bellísimas mezquitas... Tenían muy grandes y hermosos edificios para sus ídolos... pero la mezquita mayor era cosa maravillosa de ver, pues era tan grande como una ciudad. (Fernández 1972, 34-35)

Claramente existía una fascinación estética sobre lo americano que trascendía la visión superficial del primer encuentro, especialmente al considerar la impresión que registraron al encontrarse ante las bellezas arquitectónicas por primera vez que después destruyeron, como en el caso de la Gran Tenochtitlan que registró Bernal Díaz del Castillo.

En Norteamérica la situación fue la misma. Sieur de Cobes registró en una carta fechada con el 13 de febrero de 1608 su visión estética de los indoamericanos del lugar:

Ahora, para describir la naturaleza de los que la habitan, deben saber que *son hombres muy bien parecidos*, tan blancos como la nieve, que dejan que

su cabello crezca hasta la cintura (ambos hombres y mujeres), con altas entradas frontales, ojos encendidos como velas, *fuertes de cuerpo y bien proporcionados*. Las mujeres también son muy hermosas y agraciadas, bien formadas y delicadas, tanto así que dado el estilo de ropa que usan que es un tanto extraño, uno diría que son *Ninfas* o un tipo de diosas, muy encantadoras y dóciles, pero fuera de ello prepárese a ser masacrado antes de consentir a su deshonra, o tener que ver con cualquier otro hombre fuera de sus esposos. (Jaenen 1976, 25)

Aunque aquí nuevamente sobresale el modelo europeo, trasluce esa placentera visión de los americanos contemplados en ese momento con placer y el deseo de compartir esa experiencia con otros ausentes. Es como si el cronista estuviera contemplando una obra literaria hecha realidad ante sus ojos.

Más al norte entre otro pueblo diferente también se encuentran estas características estéticas que iban a impresionar a otro explorador. Jean Alfonse, en su *Voyages Avanteux* escrito en 1544 afirmó que al sur de Newfoundland “descubrió un pueblo llamado Norombègue con habitantes listos” que se “vestían con pieles... esta personas usaban muchas palabras parecidas al latín y adoraban el sol y son gente bien clara y alta” (Morison 1971, 465). Fue ésta una visión casi idílica de un pueblo contemplado por primera vez. Sin embargo, no fue el único en el Norte. Thevet también escribiría que los indoamericanos eran “*coronados con preciosas cualidades, pertenecientes tanto al cuerpo como al espíritu*” (Schlesinger 1993, 131). Aunque seguramente no conocían de lleno su espíritu, es la impresionante visión estética física que lo arrastra a evaluarlos igualmente en el espíritu. Por otro lado, sosteniendo estas mismas imágenes, no pueden olvidarse tampoco las pinturas de John White que después se harían famosas en los grabados de Theodoro de Bry en los cuales siempre se proyectó a los americanos como físicamente superiores a los puritanos de la época. Fue una visión grandemente placentera ante estos primeros europeos que registraron su primera impresión de los primeros americanos.

A modo de resumen en Norteamérica, Karen Ordahl Kupperman nota que los escritores de la época “*todos proyectaban a los indios como un admirable espécimen físico, más perfectos ejemplos de cuerpos europeos*” (Kupperman 2000, 46). De hecho, era tal la admiración de los europeos por la fisonomía de algunos indoamericanos que varios europeos parecen formarse un tipo de complejo de inferioridad al compararse con ellos en forma general.

VISIÓN ESTÉTICA DE LA MUJER AMERICANA

La mujer americana también jugó un papel importantísimo en la evaluación estética del choque de culturas en la invasión de América. El abuso sexual, físico y emocional no tiene precedente en la invasión de América⁴. A su vez, sin embargo, son un

⁴ Para una visión en América Latina véase Sara Beatriz Guardia, ed., *La mujer en la historia de América Latina*, Lima, Cemhal, 2004. Véase sección “La mujer en las sociedades prehispánicas” 28-42. Para una visión del pasado al presente en los Estados Unidos véase a Andrea Smith, *Conquest, Sexual Violence and American Indian Genocide*. Cambridge: South End Press. 2005.

tipo de barómetro estético por medio del cual podemos medir la visión de los europeos al contemplarlas. Aunque en algunos de los casos se les vio como una comodidad sexual libidinosamente, en otros simplemente se reflexiona sobre su hermosura y atracción como símbolo de la belleza. En su primer viaje a las Américas Colón notó que “hay muy lindos cuerpos de mujeres” (Colón 1946, 30-31). Aunque los cronistas españoles no mencionaron con frecuencia este aspecto como lo hicieron otros europeos, sí notamos algunas insinuaciones. Veamos el caso de Landa por ejemplo. Los españoles desde el principio no venían a contemplar como otros europeos lo hicieron, sino como afirman muchos a poseer, destruir y matar si fuera necesario para adueñarse de todo. Una vez que empezó la matanza despiadada de los indoamericanos, Landa escribió un interesante caso que refleja la estética femenina cruel, dolorosa y elegantemente. Dice que:

...ahorcaron a dos indias, una doncella y una recién casada, no por otra culpa sino *porque eran muy hermosas* y temían que se revolviera el real de los españoles sobre ellas y porque pensasen los indios que a los españoles no les importaban las mujeres; de estas dos hay mucha memoria entre indios y españoles *por su gran hermosura* y por la crueldad con que las mataron (Landa 1985, 66).

Por supuesto, Landa no habla de su propia crueldad en su contacto con los americanos ni la gran destrucción que causó entre los mayas, pero aquí se nota la fusión de una precepción estética positiva no sólo de Landa, sino de los españoles en general y los mesoamericanos mismos. Ambos grupos concordaban en su apreciación positiva sobre la belleza americana, y lamentaban la pérdida ante la crueldad casi inconcebible de los españoles.

En la visión general del primer impacto se siente una evaluación positiva de los indoamericanos, aun cuando los denigraron en muchos otros aspectos como es el caso de Vespucio. Irónicamente, este italiano también se prendó, mas no del paisaje como Colón, sino de las mujeres de las que abusó en toda forma. En una ocasión se encontró con unas mujeres “de *gran estatura* que no había ninguna de ellas que no fuese más alta que yo un palmo y medio”. Planearon continuar sus robos, destrucción, raptos y violaciones acordando “raptar dos de ellas” hasta que entraron a las cabañas los hombres “que cada uno de ellos era *de rodillas más alto que yo de pie*”. Si bien en un principio evaluaron, aprobaron y tramaron llevarse a las indoamericanas quienes obviamente los dejaron impresionados, pronto su visión estética y el deseo de abusar de las mujeres cambió a miedo ante los que las podían defender. De modo que salieron haciendo “señales que éramos gente de paz” con “tanto miedo que aún hoy día [sus compañeros] no se sienten seguros”. Luego comentó que “cada una de las mujeres *parecía una Pentésilea*, y los *hombres Ateneos*” (Vespucio nf: 60). Era la visión clásica europea de la que hablara Fernández y que aunque la sobre imponían a los americanos, parecía funcionar perfectamente en América. En otra ocasión contemplaron a otras mujeres y dijeron que “son mujeres de *cuerpos gentiles*, muy bien proporcionadas, y *no se ve en sus cuerpos cosa o miembro mal hecho...*”. Luego agregó admirado que “*por maravilla veréis los pechos caídos de una mujer*, así como tampoco el vientre caído o con arrugas, que todas parece que parie-

sen nunca" (Vespucio nf: 108). Esta visión estética sobre los indoamericanos es considerable cuando las dice un europeo como Vespucio, quien holgadamente denigra al indoamericano en todas sus cartas, y que pasó por el continente destruyendo y matando a los indoamericanos sin discreción o respeto a nadie.

Los franceses por su parte también encontraron cierta belleza notable en las americanas que describieron. Jean de Léry en el Brasil, por ejemplo, también hizo una evaluación comparativa entre su cultura y la americana. En su evaluación, atacó a las europeas que se sobre cubrían con ropa, pelucas, vestuarios, etc. en comparación con "la ordinaria desnudez" de las indoamericanas "cuya *hermosura natural* no es en ningún modo inferior a las demás" (Léry 1990, 67). "Las demás" era una clara referencia a las mujeres de su propia cultura. Las americanas podían verse a la altura estética de las europeas en esta comparación de Léry. Esta misma visión de las americanas hermosas la registró Magnus Mörner en "La conquista de las mujeres" en "los primeros encuentros entre europeos y naturales en la región paraguaya". Aquí afirmó que "desde el comienzo... los cronistas y testigos españoles y portugueses dedicaron descripciones entusiastas de la belleza de las jóvenes indias". (Mörner 1968, 12)⁵ Según Mörner, los portugueses de la época también favorecían la visión placentera de las americanas.

Por su parte, Jerónimo de Vivar en Chile registró también que "las mujeres son de buen parecer" y "tienen lindos ojos" (Vivar 2001, 277). Más al norte en la Nueva Granada, hoy el área de Colombia, entre otras observaciones que los españoles hicieron de las americanas, vieron "una india principal [que] era hermosa, porque en verdad parecía mujer de Castilla en la blancura, y en su manera y gravedad era para admirar" (Coll 1980, 184). Aun así, siempre había alguien en América que las igualaba. No era sólo una región, sino la América en general la que impresionaba estéticamente a los europeos.

En Norteamérica los invasores descubrieron esa misma belleza americana que los impresionara al punto de registrarla en sus escritos. Aquí las declaraciones de la belleza femenina americana fueron aun más detalladas y halagadoras. Cantino, un diplomático italiano en la expedición portuguesa de Gaspar en 1500 a Newfoundland comentando sobre la tribu Beothuck escribió que "*su modo de ser y gestos son de lo más agradable; se ríen considerablemente y manifiestan el más grande los placeres... Las mujeres tienen senos pequeños y los cuerpos más maravillosos, y caras un tanto placenteras*" (Morison 1971: 215-216). Este cuadro general hablaba no tan sólo de una placentera belleza visual americana, sino del aspecto abstracto de su "modo de ser". Se siente una vez más un cuadro de placer estético al contemplarlas.

Verrazzano en el área de Maine al hablar de los Mampanoag, escribió también que "esta es la mejor de las gentes y en las mejores condiciones, que hemos encontrado en nuestro viaje", "nos exceden en estatura... con largo cabello negro, que cuidadosamente recortan..." con ojos negros y rápidos" y su "color de varias matices de 'bronceado.' Sus cuerpos son bien proporcionados, 'con relación a cualquier hombre guapo' Las mujeres también están 'muy guapas y bien favorecidas'" (Morison 1971, 305).

⁵Ricardo Rodríguez Molas. *Los sometidos de la conquista: Argentina, Bolivia, Paraguay*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, 43. Cita a Mörner 1968, 12.

Sin embargo, en el Norte, en Maine, los Abnaki mostraron todo tipo de agresividad y mal comportamiento hacia los franceses con “todo tipo descortesías y desdén, como es posible para cualquier bruto inventar, tal exhibición como las de sus asen-taderas desnudas y el reírse sin moderación” hacia los franceses. Lo que sorprendió notablemente a los franceses ya que “los nativos norteamericanos eran usualmente amigables a los primeros Europeos que encontraron”. Sin embargo, eran “hostiles sólo después de haber sido abusados y engañados” por los europeos que los visita-ban, como apunta Samuel Eliot Morison (1971, 309). En este caso los americanos humillan a los invasores burlándose de ellos públicamente y naturalmente su eva-luación tenía que ser negativa.

Pierre d'Avity en su visita al Nuevo Mundo en 1630 va más allá en sus comenta-rios estéticos, incluyendo los aspectos físicos, así como otros aspectos abstractos de una belleza interna que sintió en los americanos. Dice que:

Además, son tan apuestos jóvenes y *hermosas mujeres* como se pueden ver en Francia. Son grandes corredores y nadadores, y *las mujeres tienen tam-bién una disposición maravillosa*. Son usualmente *más esbeltas y ágiles* que nosotros y no puede encontrar uno ninguna que esté barriguda, corcovada, deformada, avarientas, con gota o empedernidas entre ellas. (Jaenen 1976, 25).

En esta evaluación física de d'Avity, los americanos salieron tan bellos o mejor que los franceses y los vio igualmente “apuestos”. Notó a la vez la superioridad ame-ricana en que éstos son grandes nadadores, en que las “*mujeres tienen una disposi-ción maravillosa*” y son “*más esbeltas y ágiles que nosotros*”. Tampoco ve gordas, corcovadas, deformadas, etc. Su impresión inmediata de las americanas, obviamente fue superior a la de su país. Pero no se detuvo allí, sino que pasó a especular sobre su carácter en general pero detallado. Eran las americanas una combinación de elo-cuentes cuerpos, una sociedad desenvuelta y dotadas de inteligencia. Volviéndose a una estética moral interna, dijo que:

La mayoría de ellas no son nada maliciosas, sino liberales, tienen una mente buena y clara en cuanto a discernir asuntos comunes y de sensatos, dedu-ciendo sus razones con gracia, siempre usando alguna comparación agrada-ble. Tienen una muy *buena memoria para asuntos materiales*, tales como haberlo visto a uno, las calidades de algún lugar donde han estado, o lo que uno hizo en su presencia hace algunos veinte o treinta años... (Jaenen 1976, 25).

Aunque impresionista probablemente, ya que nada sabía del resto de la tribu con su estética o tradiciones, era la misma evaluación de los americanos que harían de ellos los europeos más tarde en otros lugares. No obstante, dentro del límite de ese parámetro, puede verse una evaluación ontológica completamente positiva de los americanos. Nuevamente se presenta un cuadro completo de un tipo de “estándar universal” que buscaba Santayana con una apreciación placentera para el que con-templaba a las americanas. Las mujeres fueron de este modo un segmento más esté-

ticamente aprobadas bajo la visión del invasor, quien obviamente necesitaba de ellas en más de una forma.

VISIÓN ESTÉTICA DEL HOMBRE AMERICANO

Si bien las mujeres quedaban favorablemente presentadas en la evaluación de los hombres europeos que finalmente abusaron de ellas sexualmente, ¿qué decir de su evaluación del hombre americano? Aunque parezca extraño, los primeros europeos vieron al hombre americano como una creación ejemplar físicamente superior a ellos. Desde la primera evaluación visual, muchos cronistas europeos reportaron cierto complejo de inferioridad ante el indioamericano que se levantaba superior a ellos en sus escritos en varios aspectos. En estatura, en fortaleza, en salud, en las artes, en las lenguas, y en otras agilidades físicas sintieron la sombra de los indioamericanos sobre de ellos, aunque en algunos casos posiblemente exageraron su descripción para hacer más notoria su victoria o “descubrimiento”.

En uno de los primeros encuentros Bernal Díaz del Castillo notó asombrado que los que los atacaron “eran grandes de cuerpos” (Díaz del Castillo 1980, 12). Reconocía que los americanos eran más grandes que ellos, los cuales les superaban en ese aspecto. Haciendo ya una comparación directa con los europeos, Léry señaló que “*de hecho, ellos son más fuertes, más robustos y bien proporcionados, más ligeros, menos prestos a enfermedades; casi no hay entre ellos los inválidos, miopes, deformes o desfigurados*” (Léry 1990, 56). Grandes fueron las diferencias al comparar las mujeres en este caso con su cultura. Eran más fuertes, más proporcionadas, y más resistentes a las enfermedades que las de su cultura. Un poco más al norte, Gonzalo Fernández de Oviedo, a pesar de su desdén hacia los americanos, decía que vio que “*todos eran mayores comúnmente que todos los indios que yo he visto, y tan altos que excedían estatura de los hombres que en España decimos medianos*” (Oviedo 1992, 256). En otro lugar al pasar a Tierra Firme vio a otros indioamericanos impresionantes y escribió que “*aunque no son gigantes... son mayores que los alemanes comúnmente, y en especial muchos de ellos, así hombres como mujeres, son muy altos y ellos y ellas buenos flecheros*” (1992: 101). Le cuesta a Oviedo aceptarlos como “más grandes” que los españoles y tiene que hacer uso de los alemanes. Los dibujos de Léry y después de de Bry proyectaron claramente las imágenes colosales de los americanos en comparación con los puritanos, los indioamericanos eran grandes, bien formados y musculosos como si fueran héroes mitológicos. Dentro de este contexto general del primer choque de culturas, no sorprende la descripción que Ercilla hizo de los araucanos en general cuando escribió en la *Araucana* que:

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de niervos bien fornidos;
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores (Ercilla 1977, 22).

Con esta sensación general de los americanos, parece crearse un tipo de superhombre gigante y bien parecido físicamente superior al europeo en varios aspectos. A pesar de todo, resaltaron ciertas características físicas que los europeos admiraron y que encontraron estéticamente placenteras.

Más al sur del continente, en una expedición de Valdivia adentrándose en Chile, los españoles descubrieron asombrados un poblado donde:

...son los indios muy bien agestados y de linda disposición, de cuerpos muy fornidos y bien hechos, y las mujeres blancas y hermosas; no hay entre ellos un hombre flaco, y los rostros son de ordinario muy llenos y redondos, de suerte que cualquier parte de las Indias se conoce luego el indio que es chilense sólo por el rostro y talle, aunque esté entre muchos, y sobre todo, su hermosura excede la de los ojos, que son grandes de mucha gracia (Bengoa 2003, 107).

Naturalmente, aquí tenemos una estética regional donde se impone el prejuicio local para asegurar que son bellas simplemente porque son de Chile. Además, en una carta al emperador Carlos V, Valdivia escribió de una tierra exageradamente fértil donde *“la gente es crecida doméstica y amigable y blanca...”* (Bengoa 2003, 143). Aunque debe considerarse el aspecto favorable que busca Valdivia por invadir estas tierras, no deja de impresionar su insistencia sobre la antropología estética de los chilenos de la época.

Más al norte en el Amazonas, Carvajal también quedó asombrado ante la imponente estatura de los americanos al compararlos con los propios españoles. Dice que en el Amazonas vieron a cuatro indios *“y eran de estatura que cada uno era más alto un palmo que el más alto cristiano, y eran muy blancos y tenían muy buenos cabellos que les llegaban a la cintura, muy enjoyados de oro y ropa y traían mucha comida; y llegaron con tanta humildad que todos quedamos espantados de sus disposiciones y buena crianza...”* (Carvajal 2002, 49). Siempre imaginando inferior al otro, parece estar complacido en descubrir a alguien “superior” a ellos en medio de la selva que ellos asociaban con lo salvaje, lo inferior.

En el norte de los Estados Unidos, en el área de las Carolinas, Verrazano vio también a un grupo de americanos que describe positivamente: *“son de color negro. Sus cabellos son negros y gruesos, no muy largos, anudados detrás de la cabeza. Son bien proporcionados, un poco más grandes que nosotros, con amplio pecho y brazos robustos. Sus ojos son negros y grandes, su mirada penetrante y vivaz”* (Mollat 1990, 156). Tanto en el Norte como en el sur se siente ese primer asombro en el primer choque cultural ante los americanos, según lo que escribieron, físicamente superiores a ellos.

LOS AMERICANOS GIGANTES

Fue tal el asombro de los europeos ante la estética americana que se creó una visión que proyectó a algunos americanos como a gigantes ante los atónitos ojos de los invasores que los contemplaban disminuidos. El área de la Argentina ilustra este concepto repetidas veces. En 1520 en la Patagonia Antonio Pigafetta anotó que

“cuando menos lo esperábamos, un hombre de figura gigantesca se presentó ante nosotros”. Agregó después que *“este hombre era tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura. De hermosa talla, su cara era ancha y teñida de rojo,... Sus cabellos, escasos, parecían blanqueados con algún polvo”* (Mandrini 1983, 32). Si fuera el único caso lo descartaríamos por exagerado. Sin embargo, en la expedición de Magallanes se encontraron con los patagones y nuevamente Pigafetta afirmó *“que el más grande de nosotros sólo le llegaba a la cintura. Estaba realmente bien construido... Este gigante llevaba una especie de calzado hecho de una piel”* (Mollat 1990, 154). En vista de que es el mismo autor el que registró el caso, podríamos descartar esta información también. Sin embargo, en la misma área “Juan Aréizaga afirmó que *“hallaron muchos ranchos y chozas de los patagones, que son hombres de trece palmos de alto, y sus mujeres son de la misma altura”*. Afirmaba este sacerdote que *“él, ni algunos de los cristianos (que allí se hallaron), no llegaban con las cabezas a los miembros vergonzosos [de esas gigantas]”* (Mandrini 1983, 35). Estos gigantes de hecho *“hicieron las paces con esos cristianos”* y el padre los *“vio”* actuar y testificó que *“son hombres de grandísima fuerza”* (1983, 37). Es cuestionable qué razón tenía el padre para exagerar, pero su registro confirmó el de otros en esa región. Hernández bajo la dirección de Cabeza de Vaca, en la misma área entre los guaraníes del Paraguay afirmó que vieron *“una gente muy crecida, de grandes cuerpos y miembros como gigantes; andan hechos corsarios por el río en canoas”* (1983, 54). Y no podemos olvidar tampoco la narración de Vespucio citada arriba donde al querer violar a unas mujeres llegaron *“los hombres “que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie”*. Por otro lado, Rosales repitió la misma historia sobre *“los indios gigantes de Chile que Francisco de Gómara describe largamente”* (Rosales nf: 23).

Lo interesante de estos relatos es que todos estos “gigantes” vivían en básicamente la misma área general de Sudamérica. Raúl Mandrini por lo tanto, propone que estas personas *“ echaron las bases de la leyenda de los gigantes patagónicos”* que se difundió tan rápido por todas partes que *“Orbigny consideraba necesario dedicar varios párrafos a demostrar que los patagónicos, aunque más altos que otros indios, nada tenían de gigantes”* (Mandrini 1983 10). Ciertamente o no, el hecho es que se propagó un mito, una leyenda de los patagones como hombres gigantes que hacían sombra a los pálidos invasores en esta área.

Por otro lado, no debe olvidarse que el Calendario Azteca también registra la existencia de gigantes en el sol uno en su versión de la creación del hombre americano. En Norteamérica también se refirieron a muchos de estos pueblos americanos como gigantes en comparación con ellos mismos. Como apunta Kupperman, *“se veía al indio como más alto que los europeos”* (Kupperman 2000: 46). Las pinturas de John Smith con los americanos grandemente ilustran el tamaño y diferencias en cuerpo físico. De hecho, John Smith mismo describiendo a los Susquehannocks decía que *“eran como gigantes para los ingleses”* (2000, 46). Fueron muchos los escritores norteamericanos que dieron cuenta de la estatura y físico superior de los americanos en comparación al europeo, también en este lugar.

Haciendo un resumen de la evaluación anglosajona en Norteamérica, Kupperman dice que *“cuando los colonos ingleses describían a los indios, sus descripciones comenzaban con el físico, y es notable que los cuerpos de los indios fueron universal-*

mente alargados". Se les vio positivamente, probablemente porque aún no empezaban a matarlos y desposeerlos iniciando el conflicto moral que después les hiciera verlos y describirlos negativamente para justificar su trato injusto. John Brereton decía que tenían una "constitución perfecta" porque esto se veía en "su fuerza, su agilidad, y postura derecha así como en la ausencia de todo problema físico que afligía a los europeos en esos días" (2000, 46). Claramente se reconocía una estética física.

LA EXCEPCIÓN

Debe notarse, sin embargo, otra notable excepción estética en el área de la Argentina donde encontraron a ciertas indoamericanas "feas". Pigafetta, además de gigantes, encontró a mujeres que "no son tan grandes como los hombres" porque "en comparación son más gordas". Además, "sus tetas colgantes, tienen más de un pie de longitud" y "van pintadas y vestidas del mismo modo que sus maridos". Y por lo tanto "nos parecieron bastante feas..." (Mandrini 1983, 32-33). El alemán Ulrico Schmidl en su relación de viajes en el Río Paraná, observó a los Timbús y aunque notó que "son gente garbosas de cuerpo", notó que "las mujeres [son] toscas y las jóvenes y viejas están siempre rasguñadas y ensangrentadas debajo de los ojos". Más adelante encontraron otro pueblo donde también "son gentes garbosas en sus personas pero las mujeres feamente arañadas bajo los ojos y ensangrentadas, jóvenes y viejas..." (1983, 44-45). En otras ocasiones las imágenes son más gráficas y poco agradables. Al ver a este grupo de personas "nos horrorizamos y sorprendimos, porque estas mujeres tienen los pezones con un largo de media braza, llevan una pequeña piel para esconder su naturaleza, están vestidas como hombres y tienen también el rostro pintado" (Mollat 1990, 155). Estos casos de las mujeres indoamericanas "feas", sin embargo, son una excepción del lugar, y no la regla del continente.

Por lo tanto, aun dentro de estos prejuicios arraigados que traían los invasores de su cultura, su visión estética de los indoamericanos fue generalmente positiva en el primer choque cultural. Más adelante en el encuentro, cuando ambos grupos se conocieron más a fondo, la belleza pasó a otro nivel al asociarla con valores abstractos que sólo multiplicaron los estratos de lo que era bello. Jaenen concluye que las anteriores evaluaciones que registró sobre Norteamérica "fueron caracterizadas por tales rasgos como autocontrol emocional, estoicismo, ser prácticos, inventiva personal, individualismo y bravura" (Jaenen 1976, 25). Probablemente fue esa sensación que sintieron de sí mismos que hizo que "muchos observadores consideraban al indio en su estado libre poseer virtudes cristianas más completas que los blancos que profesaban ser cristianos" (Washburn 1975, 115) como afirmara Washburn. Su naturaleza, más allá de la física, parecía ser superior entre los americanos para este autor.

De este modo, se puede concluir con razonable certeza, que al tiempo de la invasión en ambos lados operaba una estética ontológica que catalogaba a un grupo como superior o inferior según su apariencia física. También debe notarse que muchos de los europeos encontraron estéticamente bellos a muchos de los indoamericanos y su cultura y que por lo menos en su visión estética coincidían en muchos aspectos según las vivas descripciones de los cronistas americanos. Aunque muchos

de éstos registraron una visión denigrante del indoamericano más tarde, como en el caso de Oviedo, esa evaluación se desarrolló después en el proceso de la desposesión de América y el conflicto entre los dos pueblos.

Podemos decir, en conclusión, que al tiempo de la invasión, y a pesar de las diferencias y prejuicios, existía un trasfondo estético valorativo que ambos grupos compartían, y que la evaluación europea encontró a muchos americanos bellos, fuertes y más altos que ellos. Más aun, las Crónicas Americanas registraron las impresiones de europeos que parecen disfrutar la placentera contemplación ontológica de una belleza indoamericana a lo largo del continente consistentemente en el choque y sorpresa del primer encuentro en la invasión de América.

BIBLIOGRAFÍA

Bengoa, José. 2003. *Historia de los antiguos Mapuches del sur: Desde antes de la llegada de los Españoles hasta las paces de Quilín*. Santiago de Chile: Catalonia.

Berghe, Pierre L. van den. 1967. *Race and Racism: A comparative Perspective*. New York: John Wiley & Sons.

Brotherston, Gordon. 1979. *Image of the New World: The American continent portrayed in native text*. London: Thames and Hudson.

Carbajal, Fray G. de. 2002. *La aventura del Amazonas*. España: Dastin.

Colón, Cristóbal. 1946. *Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento*. México: Colección Austral: Espasa-Calpe Mexicana.

Coll, Josefina Oliva de. 1980. *La Resistencia indígena ante la conquista*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Cortés, Hernán. 1979. *Cartas de relación*. México: Porrúa.

Dykstra, John Eusden y Westerhoff III, John H. 1998. *Sensing Beauty: Aesthetics, the Human Spirit, and the Church*. Cleveland: U Church P.

Díaz del Castillo, Bernal. 1980. *Historia de la conquista de la Nueva España*, México: editorial Porrúa.

Ercilla, Alonso de. 1977. *La Araucana*. México: Porrúa.

Erkkila, Betsy. 1993. "Phillis Wheatley and the Black American Revolution". *A Mixed Race: Ethnicity in Early America*. New York: Oxford UP, 225-240.

Fernández, Justino. 1972. *Estética del arte mexicano*. México: Universidad Autónoma de México.

Jaenen, Cornelius J. 1976. *Friend and Foe: Aspects of French-Amerindian Cultural Contact in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*. New York: Columbia UP.

Kupperman, Karen Ordahl. 2000. *Indians and English: Facing Off in Early America*. Ithaca: Cornell University Press.

Landa, Diego de. 1985. *Relación de la cosas de Yucatán*. ed. Miguel Rivera. Madrid: Información y Revistas.

Léry, Jean de. 1990. *History of a Voyage to the Land of Brazil, otherwise called America*. Berkeley: California UP.

Mancall, Peter C. y Merrell, James H. 2000. *American Encounters: Natives and Newcomers from Europeans Contact to Indian Removal, 1500-1850*. New York: Routledge.

Mandrini, Raúl. 1983. *Argentina Indígena: Los aborígenes a la llegada de los españoles*. Buenos Aires: Centro Editorial de América Latina.

Mollat, Michel. 1990. *Los exploradores del siglo XIII al XVI: Primeras miradas sobre nuevos mundos*. México: Fondo de Cultura Económica.

Morison, Samuel Eliot. 1971. *The European Discovery of America: The Northern Voyages*. New York: Oxford University Press.

Nerburn, Kent, ed. 1999. *The Wisdom of the Native Americans*. Novato, California: New World Library.

Ohiyesa, Charles Alexander Eastman. 1999. *The Soul of the Indian*. Electronic Text Center: University of Virginia Library.

Oviedo, Gonzalo Fernández de. 1992. *Florilegio histórico de las Indias*. Asturias: Grupo Editorial Asturiano.

Rodríguez da Costa, Valeria. 2004. "Entre lo diferente y los semejante; un viaje antropológico". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, Año XXX, No 60, 123-137.

Rodríguez, Ricardo Molas. 1985. *Los sometidos de la conquista: Argentina, Bolivia, Paraguay*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Rosales, Diego de (s.f.). *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indian*. Santiago de Chile: Universitaria, 23.

Santayana, George. 1971. "The Nature of Beauty". *Critical Theory since Plato*. ed. Hazard Adams. New York: Harcourt Brace Jovanovich.

Schlesinger, Roger ed. 1993. *Portraits from the Age of Exploration: Selections from André Thevet*. Chicago: U Illinois P.

Schmidel, Ulrico. 1984. "La conquista sin Hipérboles". *Noticias secretas y públicas de América*. ed. Emir Rodríguez Monegal. Barcelona: Tusquets.

Sircello, Guy. 1975. *A New Theory of Beauty*. Princeton: Princeton UP.

Thesander, Marianne. 1997. *The Feminine Ideal*. London: Reaktion.

Thevet, André. 1993. *Portraits from the Age of Exploration: Selection from André Thevet's Les vrais portraits et vies des hommes illustres*. ed. Roger Schlesinger. Chicago: University of Illinois Press.

Valenzuela Solís de Ovando, Carlos. 2005. *Lautaro*. Córdoba: Editorial Andujar.

Vaz de Caminha, Pero. 1984. "Los salvajes al natural" *Noticias secretas y públicas de América*. ed. Emir Rodríguez Monegal. Barcelona: Tusquets.

Vespucio Américo (nf). *Amerigo Vespucci: Cartas de viaje*. Introducción y notas de Luciano Formisano. Madrid: Alianza, n. f,

Vivar, Jerónimo de. 1988. *Crónica de los reinos de Chile*. Madrid: Información y Revistas.

---. 2001. *Crónica de los reinos de Chile*. ed. Ángel Barral Gómez. Madrid: Dastin.

Vivar, Jerónimo de.

Washburn, Wilcomb E. 1975. *The Indian in America*. New York: Harper Torchbooks.